

La universidad del siglo XXI: entre la emancipación y la adaptación

Julieta Piastro Behar



11

Foto número 082. Archivo DIGAR. Colección Historia. Museo Universidad de Antioquia.

Nuestras universidades experimentan una profunda crisis que se debate entre la función crítica y la función adaptativa. La primera es la que procura formar sujetos responsables y críticos que, como miembros de una institución de excelencia académica, promuevan el diálogo cultural y científico riguroso, y sean capaces de aportar nuevas posibilidades para la sociedad.

Y la segunda, la función adaptativa, que responde con eficacia a las exigencias del mercado, y que adapta sus contenidos a las demandas, no a las necesidades sociales, impartiendo una formación estandarizada, práctica y funcional. Se trata de un verdadero dilema frente al que urge posicionarse, aunque esto implique nadar a contracorriente.

Los profesores universitarios, y las mismas instituciones, nos encontramos atrapados en el juego perverso de evaluación y medición que promueven las agencias de acreditación, que fueron creadas con el modelo de aquellas que medían la productividad de las fábricas y las industrias.

Parece, sin embargo, que aún estamos a tiempo de retomar el rumbo de una universidad que no se deja manipular por el mercado, ni por las agencias evaluadoras. Una universidad que defiende su hegemonía, su autonomía, y que reivindica que el profesorado y el estudiantado no son un producto diseñado y manipulado para satisfacer la oferta y la demanda del mercado. Parece que cada vez hay más voces críticas por todas las universidades del mundo, dispuestas a cuestionar que las universidades se conviertan en aparatos al servicio de la insensatez. Voces que sostienen que la Universidad no puede ni debe promover el consumo y la competencia puesto que la excelencia académica no se mide del uno al diez, tampoco con cifras de factor de impacto. La universidad se valora justamente por lo invaluable, por la responsabilidad y compromiso de sus miembros frente a las necesidades sociales.

La reflexión que proponemos aquí, también pasa por replantear la concepción que tenemos de la docencia y de la investigación. No alrededor de estrategias pedagógicas sino de modelos epistemológicos. Bajo el paradigma de la simplicidad, la educación promovía un aprendizaje memorístico y repetitivo, porque la investigación a su vez iba en la búsqueda de verdades absolutas, de leyes universales y de un conocimiento sin historicidad.

En el siglo XXI, la docencia no puede seguir siendo una simple actividad de transmisión

de conocimiento, aunque muchos profesores y estudiantes aún la conciben así. Dentro del nuevo paradigma de educación, la complejidad se ha de entender como un diálogo y una construcción conjunta de conocimiento que no coloque al profesor en un lugar de superioridad, pero sí de responsabilidad que, entendida a la manera de Hannah Arendt, le corresponde al que posee saber y experiencia, al que ha vivido más.

La universidad sólo puede cumplir con su cometido, si los miembros que formamos parte de ella nos movemos con la convicción de que a través del conocimiento podemos generar posibilidades orientadas a la construcción social del bien común. El sistema en el que vivimos lo pervierte todo y sus tentáculos se cuelan en nuestras universidades, intentando convertirlas en una fábrica productora de títulos.

Hay que afirmarlo de manera clara y contundente, que no se trata de adaptar la universidad al orden social y sus exigencias, sino por el contrario, que sea de la universidad de donde emanen las ideas y los proyectos para mejorar la sociedad. El conocimiento no es adaptador, es subversivo y emancipador.

La educación universitaria ha de propiciar en el sujeto la construcción de un texto identitario propio. Un texto que surge de la curiosidad frente al mundo y que se elabora a través del diálogo dentro del aula. En ocasiones puede ser también a la inversa, un diálogo dentro del aula que genera curiosidad e interés. Cuando el estudiante descubre que algo se llena de significado a través de una pregunta, *la cuestión* se transforma en pasión. Cuando *la cuestión* representa un acto de libertad, es ella misma quien implica al actor como sujeto responsable. El

mundo pasa a ser su mundo, cuando aparece el interés por él.

En la medida en que algo se conoce, se desarrolla una sensibilidad determinada hacia eso. En la medida en que conocer es producto de un acto de libertad, la curiosidad es mayor y el conocimiento se vuelve pasión responsable.

Educación emancipadora

En la práctica docente se pueden reconocer al menos dos puntos de partida radicalmente diferentes. El más clásico es aquel que sostiene que en el proceso educativo hay uno que sabe y otro que ignora. Dicho a la manera de Jacques Rancière, se trata de una relación jerárquica entre un sabio dominador y un ignorante que acepta obedientemente ser dominado.

El otro punto de partida es la lógica emancipadora, que surge del principio de que en el proceso educativo hay dos inteligencias, dos voluntades que desean pensar juntas, aprender juntas y que trabajan juntas de manera solidaria.

A la manera de Paulo Freire, podríamos decir que nadie educa a nadie, que todos nos educamos mediatizados por el mundo. Es así como Freire también reconoce que el punto de partida de la desigualdad y el sometimiento en la educación, no es liberador.

La lógica emancipadora nos acerca de manera natural a la convivencia solidaria y a la formación de sujetos responsables. Aunque también implica nadar a contracorriente en un mundo que valora la educación adaptativa y funcional, y dar la batalla, como

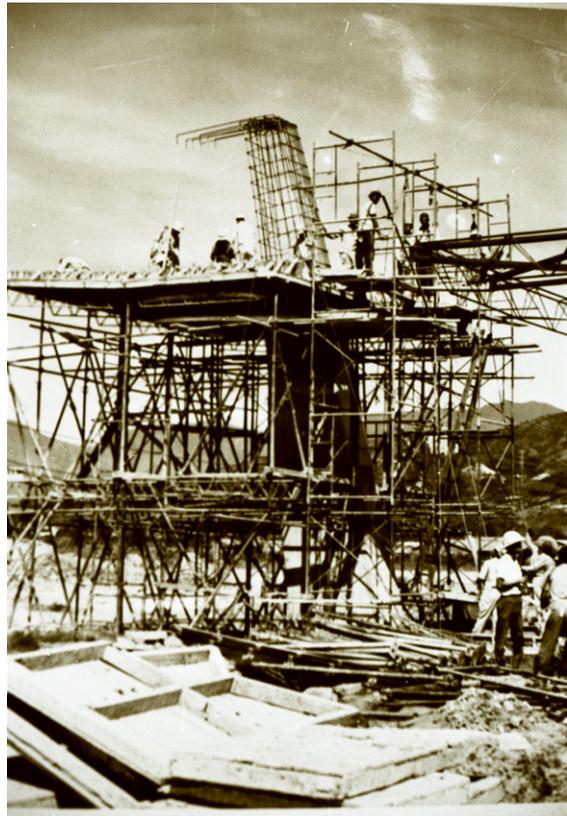


Foto número 044. Archivo DIGAR. Colección Historia. Museo Universidad de Antioquia.

dice Nuccio Ordine, contra la dictadura del beneficio y en defensa de la libertad del conocimiento.

Como explica Boaventura de Sousa Santos, un proyecto pedagógico emancipador parte del conflicto epistemológico, del conflicto científico, del conflicto entre imperialismo cultural y multiculturalismo. Se trata de atrevernos a pensar sobre el propio conocimiento, de repensar lo pensado, cuestionar y deconstruir cuantas veces haga falta el saber hegemónico.

Frente a un sistema que diseña todo para lograr un consumo, rápido, práctico y fácil, reivindicar la responsabilidad y el hacerse cargo, es nadar contracorriente. Si la juventud no descubre el atractivo de una práctica

educativa emancipadora, optará por el camino más fácil de no pensar, de memorizar, repetir y adaptarse sin más.

Hablar de una educación emancipadora es proponernos reconquistar lo más humano de lo humano, la libertad, de la creatividad, el pensamiento crítico y el diálogo. Y esto implica repensar los modelos hegemónicos de creación y transmisión de conocimiento y recuperar las experiencias del saber que quedaron fuera de los cánones dominantes. Todos estos son principios necesarios para una educación emancipadora en la que los sujetos nos hacemos responsables de nuestra existencia y del mundo en el que vivimos.

Una verdadera renovación universitaria implica asumir las consecuencias del debilitamiento del paradigma racionalista clásico y asumir los retos que nos supone el paradigma de la complejidad. Se trata de reconocer cuál ha de ser el papel de la educación en esta nueva realidad sobresaturada de información y de significados. Se trata de descubrir cuál es el lugar del conocimiento universitario en la sociedad del conocimiento y cómo hacer de la inteligencia artificial nuestro aliado y no una amenaza.

La Universidad, como la institución responsable de la doble función de formación y creación de conocimiento, tiene la obligación de responder a las necesidades de su tiempo, que no es lo mismo que adaptarse a las demandas de su tiempo.

La Universidad feminista

El diálogo que ha de promover la Universidad es un diálogo sin precedentes entre las diversas tradiciones de pensamiento que ya no responden únicamente a los cánones del

siglo xx, que se caracterizaron por ser reduccionistas y simplificadores. Incorporar los saberes y las experiencias que quedaron fuera, en los márgenes de la historia es uno de los objetivos más importantes de una universidad feminista.

La lucha por una universidad feminista no se orienta únicamente a cubrir cuotas de poder, incorporando mujeres en los órganos de dirección y en los diversos estudios tradicionalmente masculinizados. Aunque es muy importante su presencia, sabemos que esto no garantiza una auténtica feminización de nuestras Universidades.

El cambio ha de ser paradigmático, ya que la construcción formal del conocimiento ha sido una construcción masculina dentro del sistema heteropatriarcal dominante. La feminización de la Universidad ha de representar la incorporación de saberes históricamente marginados por el paradigma positivista y cientificista. Entendemos lo femenino como formas culturales de estar en el mundo, como una posición desde los márgenes. No se trata, por tanto, de hacer una esencialización ni del significante *mujer*, ni de *lo femenino*. Consideramos superadas las perspectivas que sostienen que las mujeres tienen esencialmente unos estilos o modos cognitivos comunes.

Los fundamentos de la epistemología feminista se levantan sobre la crítica de lo que han sido los referentes de la observación y la experimentación de una forma de hacer ciencia que se erigió como *la Ciencia*. Los fundamentos de la epistemología feminista no es lo opuesto, no es una mirada dicotómica, sino una mirada desde fuera.

La perspectiva interseccional del feminismo, que sostiene la interrelación entre las

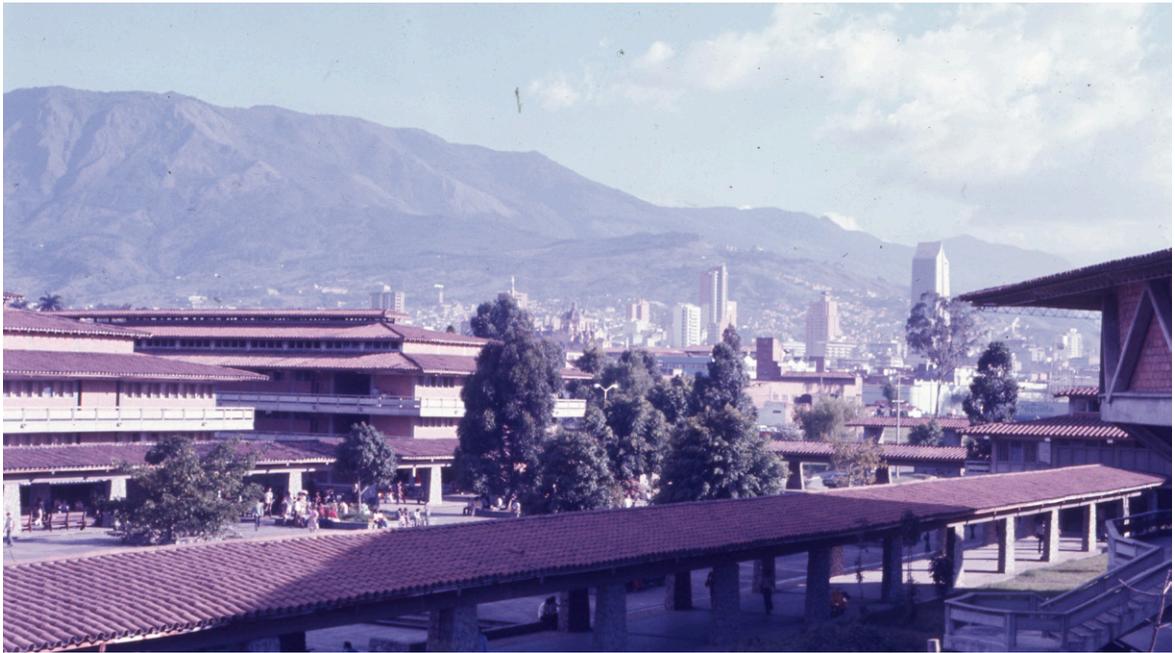


Foto número 053. Archivo DIGAR. Colección Historia. Museo Universidad de Antioquia.

distintas formas de opresión y marginación tales como género, raza y otras categorías de diferenciación en las prácticas sociales, abarca muchos de los saberes que quedaron fuera de los márgenes históricos de la producción científica heteropatriarcal, saberes que caben dentro de *lo femenino*, dentro de las voces femeninas y la lucha feminista.

La reivindicación de una universidad feminista implica aceptar que existe una producción de saber desde los márgenes que no ha sido reconocida como conocimiento y que es radicalmente diferente a las formas patriarcales hegemónicas de producción de conocimiento. Para recuperarlas es necesario contar con una universidad dispuesta a deconstruir y reconstruir a partir de lo que quedó fuera o lo que quedó del otro lado de la línea, como lo expresa De Sousa Santos, y que durante siglos fue considerado como inexistente. Una Universidad feminista ha de recuperar los saberes que quedaron en los márgenes de la historia.

Estoy convencida que estamos a tiempo de reorientar el camino de nuestras universidades, recuperar el conocimiento como una brújula que oriente la historia, que dibuje trayectos sociales de paz y proyectos colectivos más plurales y más justos. No será fácil, pero si necesario, si deseamos construir un futuro alternativo al de la barbarie de la ignorancia.

Julieta Piastro Behar es historiadora por la Universidad Nacional Autónoma de México y doctora por la Universidad Autónoma de Barcelona. Actualmente es profesora de Pensamiento Contemporáneo y de Interculturalidad en Blanquerna-Universitat Ramon Llull, Barcelona. Es autora, entre otros libros, de *Los lenguajes de la identidad. La subversión como creación*, *Niños responsables*, *Historia y filosofía* y, en coautoría con Víctor Cabré Segarra, de *Pensar la universidad*.